

842
S,

PQ2396

M5

SG

PERSONAJES

URBANO, MARQUES DE VILLEMER, 55 años.

CAYETANO, DUQUE DE ALERIA, su hermano, 40 años.

EL CONDE DE DUNIERES, 65 años.

PEDRO, ayuda de cámara del duque, 50 años.

BENITO, ayuda de cámara de la marquesa, 75 años.

LA MARQUESA DE VILLEMER, 60 años.

CAROLINA DE SAINT-GENEIX, 24 años.

MARIA DE SAINT-TRAILLES, 40 años.

LEONCIA, BARONESA DE ARGLADE, 50 años.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Los dos primeros actos en Paris, en casa de la marquesa; — los dos últimos en el Porbonado, en la quinta de Seval.

EL MARQUES DE VILLEMER

ACTO PRIMERO

Gran salon del faubourg Saint-Germain, ricamente amueblado, pero con gusto y severidad. — Antecámara en el fondo, comunicando con el salon por una gran puerta de dos hojas. — Puerta lateral á la izquierda, en el primer término, de la habitacion de la marquesa. — Chimenea á la derecha, cerca del proscenio. — Puerta lateral á la derecha, en el segundo término, de la habitacion de la señorita de Saint-Geneix. — Piano á derecha, en primer término. — Velador junto á la chimenea. — Butacas, sillas.

ESCENA PRIMERA

DUNIERES, LA MARQUESA, sentados.

LA MARQUESA.

Conque, reasumamos, querido Dunieres.

DUNIERES.

Pues bien, marquesa, segun veo, queréis casar á vuestro hijo Urbano, á pesar de ser el mas jóven y de estar su hermano soltero todavia.

LA MARQUESA.

Justamente: su señor hermano es incasable.

DUNIERES.

Por qué? El duque es un hombre embelesador, ingenioso, elegante...

LA MARQUESA.

Y con cuarenta años al colete.

DUNIERES.

Aun no es viejo : es la edad mas á propósito para...

LA MARQUESA.

Segun y conforme... Escuchád, Dunieres : en público, es lo mas natural que ocultemos los defectos de nuestros hijos; pero entre antiguos amigos como nosotros debe hablarse con entera franqueza. Mi hijo mayor, sin embargo de pareceros tan embelesador, y de que me lo parezca á mí todavía algunas veces, es un pródigo... un ocioso... un libertino, y se halla completamente arruinado, por añadidura; — no os parece que seria un marido de provecho para una jóven que entra en la vida por la puerta dorada, con todas las ilusiones del matrimonio? Así, pues, no se trata del duque de Aleria, sino delmarques de Villemer, de mi hijo Urbano, cuyo juicio y cuyas virtudes son incontestables; de Urbano, á quien se lo debo todo, puesto que su hermano me ha arruinado, y el cual puede ofrecer un hermoso nombre sin mancilla; tiene treinta años perfectamente empleados y posee un caudal muy respetable, como sabéis.

DUNIERES.

Muy bien, marquesa; pero... ¿se halla dispuesto á casarse?

LA MARQUESA.

De ningun modo, y hé ahí precisamente lo que me atormenta, Dunieres.

DUNIERES.

¿Tiene quizas algun compromiso?...

LA MARQUESA.

Me parece que no. Su conducta me hace creer que se halla libre... Urbano vive conmigo, sin alejarse de mi vista, atento á mis menores deseos, y trabajando siempre en no sé qué libro histórico... Sabéis que escribe?

DUNIERES.

Sin duda sobre la familia de los Villemer?

LA MARQUESA, levantándose.

No! A Dios gracias, la familia es bien conocida. Todas las raíces de nuestro árbol genealógico se hallan en buena tierra y sus ramas se estienden al aire libre. No tenemos necesidad de descocarle, sino de ingertarle bien, como hicieron nuestros antepasados. La señorita de Saintrailles me conviene perfectamente, no obstante de que en su ascendencia materna hubo, en tiempo de Enrique IV, dos enlaces algo dudosos respecto á virtud...

DUNIERES.

Ah! tambien hubo, en el reinado de Luis XV, una Herminia de Villemer... Verdad es que fué el mismo rey el...

LA MARQUESA.

Deciais que vuestra pupila... ¿No es cierto que ella es vuestra pupila y que no depende sino de vos?

DUNIERES.

Diana de Saintrailles es huérfana y no depende sino de mi esposa, que es su madrina, y de mí, que soy su tutor.

LA MARQUESA.

Y va á salir del convento?...

DUNIERES.

Despues de la Pentecostes; esto es, dentro de un mes.

LA MARQUESA.

Qué edad tiene ya?...

DUNIERES.

Diez y siete años cumplidos.

LA MARQUESA.

Es linda?

DUNIERES.

Como una primavera.

LA MARQUESA.

Y su carácter?

DUNIERES.

Muy alegre, muy infantil y un poco romántico; pero tiene ta-

lento, viveza de imaginación; sabe lo que vale; sueña despierta con paladines y castellanas; conoce que es rica y libre, y no se casará sino con un hombre de su gusto. Con frecuencia me ha oído hablar de vos y de vuestros dos hijos. En cuanto á mí, confieso que me agrada el duque! Es tan jovial, que á su lado me siento rejuvenecer; pero mi esposa, que es una persona grave, prefiere al marques. Y tanto es así, que Diana, á fuerza de habernos oído hacer el elogio de uno y otro, tiene gran curiosidad de conocerlos.

LA MARQUESA.

Muy difícil me parece conseguir que Urbano vaya á vuestra casa. No le gusta salir de la vida íntima.

DUNIERES.

Ya le sorprenderémos! Traerémos aquí á Diana; y así que vuestro hijo la vea no evitará la ocasión de volver á verla.

LA MARQUESA.

Y luego, en el Borbonado, en calidad de vecinos!... ¿Iréis este verano?

DUNIERES.

Sin duda! Cuando pensáis salir para Seval?

LA MARQUESA.

Tan pronto como marchéis á Dunieres.

DUNIERES.

Os parece á fines de junio?

LA MARQUESA.

Perfectamente! Y creéis?...

DUNIERES.

Por qué no? Ambos son jóvenes y encantadores. Se ven aquí, se agradan, empiezan á conocerse en el campo, llegan á amarse, los bendecimos y buenas noches.

LA MARQUESA, yendo hácia la chimenea.

Me hacéis recordar al señor de Florian!

DUNIERES.

También era espeditivo en ocasiones!... Os confieso que me halaga la idea de colocar á mi pupila en el regazo de una mujer de

vuestras calidades. (Dirigiéndose hácia la marquesa.) Porque, francamente, marquesa, la virtud de las mugeres se va haciendo cada vez mas rara!

LA MARQUESA.

Es verdad! pero no debe decirse. (Entra Urbano por la puerta del fondo.)

ESCENA II

DUNIERES, URBANO, LA MARQUESA.

URBANO, teniendo en la mano algunas cartas abiertas.

Aquí están las cartas, querida mamá... (A Dunieres.) Ah! soís vos, señor conde?... Perdonád, no os habia visto. Cómo seguís?

DUNIERES.

Muy bien. Iba á subir á daros un apretón de mano.

URBANO.

Gracias! Y la señora condesa?

DUNIERES.

Sigue delicada... Siempre con su bronquitis.

URBANO.

Y qué dicen los médicos?

DUNIERES.

Oh! los médicos dicen lo que saben; para no engañarse, no dicen nada.

URBANO.

Decidla que me dispense el no haber ido á verla.

DUNIERES.

Bien, ingrato! Ya sabemos que trabajáis; — no habéis hecho también un viaje últimamente?

URBANO.

Sí.

DUNIERES.

Para estudiar procedimientos agrícolas?

URBANO, evasivamente.

Eso es!

DUNIERES.

Os acompañó vuestro hermano?

URBANO.

No : mi hermano pretende que no hay aire respirable fuera de a atmósfera de Paris.

DUNIERES.

Pues le felicito por sus pulmones.

LA MARQUESA, levantándose.

Y cuándo le veremos?... Ni una visita desde hace un mes! (A Urbano.) Hijo mio, todas estas cartas están perfectamente y os doy gracias. (Acercándose á Dunieres.) Figuraos, Dunieres, que, desde hace algunos dias, mi hijo se halla en la precision de servirme de secretario; he tenido que despedir á mi vieja Artemisa...

DUNIERES.

¿A la pobre Dumoulin, vuestra antigua doncella?

LA MARQUESA.

Sí : con los años se habia vuelto sorda, golosa, desabrida y murmuradora. La proporcioné una colocacion, y en su remplazo espero una perla que me ha buscado la señora de Arglade, una antigua amiga suya, compañera de convento, de muy buena familia, segun dicen; se llama la señorita de Saint-Geneix. Vos, que sabéis de memoria los de la grande y la pequeña nobleza de Francia, ¿conocéis ese nombre, Dunieres?

DUNIERES.

Saint-Geneix?... Esperád!... Sí, perfectamente : es una familia de la baja Bretana. En ella hubo un consejero del Parlamento... Es nobleza de toga... Sin embargo, tambien hubo un Saint-Geneix que se distinguió en Fontenoy.

LA MARQUESA.

Pues bien, su presencia no cambiará las costumbres de la casa. (Se sienta á la derecha.)

DUNIERES.

Pero, á propósito, si es una amiga de infancia de la señora de Arglade, debe ser todavía muy joven.

LA MARQUESA.

Y qué mal hay en ello? Además, segun tengo entendido, tiene mas años que la baronesa.

DUNIERES.

Yo creo que no hay en el mundo ninguna muger que no sea de mas edad que la señora de Arglade. (Se sienta.)

URBANO, cerca de la chimenea.

¿Y hasta os admiráis quizas de cómo es que la dejan salir sola?

LA MARQUESA, sonriendo.

Es viuda!

DUNIERES.

Y llora siempre á su marido?

LA MARQUESA.

Preciso es que así sea, delante de la gente.

DUNIERES.

Es verdad! porque, sin eso, la gente no lo sabria.

URBANO á Dunieres.

Me parece que no amáis mucho á la baronesa.

DUNIERES.

Oh! apénas la conozco. Durante mucho tiempo la condesa se negó á recibirla.

URBANO.

Sin embargo, nada se dice de ella.

DUNIERES.

No : pero no es de nuestra sociedad.

LA MARQUESA.

Pues yo la recibo, porque, despues de todo, es buena muger : su conversacion me divierte. Leoncia está siempre al corriente de todas las novedades y me refiere una porcion de historias. Verdad es que es un poco... ¿Cómo diré? un poco *advenediza*; pero, bah! cada cual tiene su flaco y ella es el mio. Dicen que desciende, por linea recta, del azúcar ó del algodón... Pero su marido era baron.

DUNIERES.

Quién no lo es hoy día?

LA MARQUESA.

En fin, la viuda se afana por complacerme, y todo se lo dispensaré con tal que me proporcione la perla prometida.

DUNIERES.

Y esperáis esa perla?....

LA MARQUESA, mirando la péndola.

Inmediatamente, si es exacta.

BENITO, entrando por el fondo.

La señorita de Saint-Genex pregunta si la señora marquesa puede recibirla.

LA MARQUESA.

Ah! hé aquí un buen principio. Decid á la señorita de Saint-Genex que entre. (Sale Benito.)

DUNIERES, levantándose.

Os dejo, marquesa.

LA MARQUESA.

Hasta muy pronto! (Bajo.) No digáis nada de nuestro proyecto á Urbano.

DUNIERES.

Descuidad. (Va á tomar su sombrero que se halla sobre un mueble tras la butaca de la marquesa. — Entra Carolina.)

LA MARQUESA.

Entrad, señorita (Carolina hace una reverencia), y dignaos tomar asiento. Soí con vos dentro de un instante.

DUNIERES, bajo á la marquesa.

Tiene un esterior muy agradable.

LA MARQUESA, en el mismo tono.

Ah!... Yo no distingo desde aquí.

URBANO á su madre.

Conque, mamá, pueden espedirse las cartas?

LA MARQUESA.

Sí, hijo mio, y muchas gracias. (Urbano besa la mano de la marquesa y se retira despues de hacer un saludo á Carolina.)

DUNIERES á Urbano.

Queréis acompañarme un poco?

URBANO.

Imposible! tengo que trabajar.

DUNIERES.

Siempre trabajando? (Salen por el fondo.)

ESCENA III

CAROLINA, LA MARQUESA.

LA MARQUESA, sentada á la derecha.

Dispensádmme, señorita, el momento que os he hecho esperar: héme, pues, dispuesta á escucharos.

CAROLINA.

La señora de Arglade me habia prometido que ella misma me presentaria á la señora marquesa; pero, al ir á buscarla esta mañana, despues de mi llegada á Paris, me encontré una carta suya en la que me decia que un asunto interesante, un servicio que tenia que hacer á una amiga la...

LA MARQUESA.

Es tan complaciente!

CAROLINA.

Pero de todos modos pensaba tener el honor de venir á ver hoy mismo á la señora marquesa; de manera que en lugar de acompañarme vendrá detras de mí.

LA MARQUESA.

Creo que no necesitaremos, para entendernos, de la señora de Arglade. (Hace seña á Carolina de que se siente cerca de ella.) Leoncia no podria en vuestra presencia hablarme de vos mas favorablemente de lo que ya lo ha hecho... Pero, qué edad tenéis?

CAROLINA.

Veinte y cuatro años.

LA MARQUESA.

¿Y habéis estado en el convento con la señora de Arglade?

CAROLINA.

Sí, señora.

LA MARQUESA.

Y cráis amigas?

CAROLINA.

Es decir, que la señorita Leoncia Lecomte, sin embargo de hallarse en las mayores, como nosotras decíamos, y yo entre las menores, me cobró alguna amistad. Leoncia salió del convento mucho ántes que yo, y nos habíamos perdido de vista completamente. Pero cuando por medio de algunas amigas nuestras supo la situación de mi hermana y la mía, se acordó de nosotras; y sabiendo que yo deseaba una colocación de lectora, tuvo la feliz idea de recomendarme á la señora marquesa.

LA MARQUESA.

Y yo se lo agradezco infinito. Pero, la señora de Arglade me habia dicho que teniais mas edad que ella.

CAROLINA.

Sin duda lo dijo por mi interés, temiendo que mi edad no ofreciese bastantes garantías. Pero los años de desgracia valen el doble.

LA MARQUESA.

Sin embargo... Leoncia me habia dicho que no erais guapa y yo os encuentro muy linda.

CAROLINA.

Esa es una cuestión de gusto, señora, y en semejante materia las opiniones son libres.

LA MARQUESA.

Y no carecéis de talento!

CAROLINA.

Trato de tener el que conviene á mi posición.

LA MARQUESA.

Pues ese es el mas raro. Hablemos de vuestra posición, y zanjemos ante todo la cuestión material. Ya sabréis que os ofrezco mil ochocientos francos.

CAROLINA.

Sí, señora, y yo los acepto.

LA MARQUESA.

Es muy poco. Pero si vos no sois feliz, mi querida niña, yo tam-

poco soy rica. El bienestar de que me rodean ne me pertenece. Quizas en otra parte encontréis una posición mas ventajosa....

CAROLINA.

Prefiero vuestra casa, señora marquesa.

LA MARQUESA.

Por qué? sed franca. ¿Qué ha podido decidirlos á aceptar tan mínimos honorarios por venir á hacer compañía á una vieja medio ciega, y, tal vez, muy fastidiosa?

CAROLINA.

En primer lugar, señora, porque me han dicho que tenéis mucho talento y que sois muy bondadosa; así es que no espero aburrirme á vuestro lado. En segundo, porque sois una verdadera señora y no temo junto á vos las humillaciones consiguientes á la casi domesticidad. Y por último, aunque debiera sufrirlas, mi deber me impide permanecer en la inacción.

LA MARQUESA.

Pero... se me ocurre que para estar tan bien educada necesariamente habréis sido rica.

CAROLINA.

Mi padre vivía con cierto desahogo.

LA MARQUESA.

Y cómo es que perdió su caudal?

CAROLINA.

Por amor á sus hijos. Quería enriquecernos; espuso su capital á fin de doblarle...

LA MARQUESA.

Y se arruinó! Y qué fué de vuestra madre?

CAROLINA.

Era yo tan niña cuando la perdí, que apenas la recuerdo. Me crió una excelente muger, cuyo marido era la persona en quien mi padre tenia entera confianza. Aquellas buenas gentes eran para nosotros como de la familia; pero, cuando nos quedamos arruinados, tuve que separarme de ellas á pesar mio.

LA MARQUESA.

Y vuestra hermana?

CAROLINA.

Mi hermana se casó con un hombre à quien amaba y cuyos medios de subsistencia consistian en un destino. Mientras pudo darme hospitalidad, lo hizo con el alma y la vida. Pero su marido murió jóven déjándole cuatro hijos, y ahora me toca à mí ayudarle en lo que pueda.

LA MARQUESA.

Con mil ochocientos francos?... Imposible! ¡Mil ochocientos francos para seis personas! La señora de Arglade no me habia hablado de eso.

CAROLINA.

En el campo se vive con tan poco!

LA MARQUESA.

En el campo!... en el campo! Vamos, ya trataremos de arreglar eso!

CAROLINA, besándole la mano.

Ah! señora! tenga ó no la dicha de agradaros, permitidme que os diga que sois muy bondadosa.

LA MARQUESA.

Por mi parte, tambien debo deciros que hasta ahora no veo en vos sino buenas calidades y virtudes. Pasemos à los defectos, porque es presiso que yo os los encuentre, so pena de arruinarme. Vamos à ver, ¿sois lijera de imaginacion, coqueta?...

CAROLINA.

Ni lo uno ni lo otro, señora.

LA MARQUESA.

Es que me asisten graves razones para preguntároslo. Al admitir en mi casa à una persona jóven y linda, acepto una gran responsabilidad. No habéis tenido tampoco algun amorio?...

CAROLINA.

No, señora, tampoco.

LA MARQUESA.

Y cómo es que no habéis amado à nadie?

CAROLINA.

Porque nunca he tenido tiempo de pensar en mí misma. Apénas

contaba diez y siete años cuando mi padre murió de pesadumbre. Despues empezó la penuria, y hubo que trabajar mucho para pagar nuestras deudas. En seguida vino la enfermedad de mi cuñado, el cual tuvimos que disputar à la muerte durante todo el tiempo que fué posible; el espectáculo de mi hermana desesperada, medio loca, el de sus hijos que era menester cuidar y educar... ¿qué sé yo? ¡Ay, señora! cuando no queda lugar ni aun para dormir, tampoco le hay para soñar!

LA MARQUESA.

Sin embargo, con los atractivos que tenéis, han debido solicitaros, perseguiros...

CAROLINA.

No, señora marquesa, no es objeto de grandes persecuciones aquel que no alienta las pequeñas.

LA MARQUESA.

Soy de vuestra opinion, y encuentro vuestras respuestas muy juiciosas. Así, pues, ¿nada teméis del porvenir?

CAROLINA.

Nada absolutamente.

LA MARQUESA.

¿No teméis que esa soledad del corazon os ponga triste. . os vuelva caprichosa?

CAROLINA.

Soy naturalmente alegre, de buena salud, activa y estudiosa: creo conocerme y, no habiendo sido todavia mi tarea superior à mis fuerzas, poder asegurar que seré buena y honrada.

LA MARQUESA.

Y yo tengo el convencimiento de que decis la verdad. Falta saber si tenéis realmente las habilidades que yo exigo. Quitaos los guantes.

CAROLINA.

Qué es necesario hacer?

LA MARQUESA.

Ante todo, conversar, y sobre este punto estoy ya satisfecha; luego será preciso leer y ejercitarse un poco en la música. ¿Queréis tocar

algo en ese piano? (Carolina se sienta al piano y empieza á tocar.) ¡De Weber!... magnífico! precisamente me gusta mucho, y le interpretáis muy bien! Muy bien ejecutado! (Se levanta.) Reflexiono una cosa, hija mia; y es, que puedo daros dos mil cuatrocientos francos.

CAROLINA, que se ha levantado despues de tocar, se aproxima á ella.
Ah! señora!

LA MARQUESA.

No me deis las gracias por tan poco, porque me causaríais pesadumbre. (Pasa á la derecha.) Por las cartas que la señora de Arglade me ha enseñado conozco ya vuestra letra y vuestra redaccion, y me parece que seréis un excelente secretario. Ahora, que ya os conozco y me agradáis, me toca darme á conocer y saber si os agrado. (Movimiento de Carolina.) Oh! quiero que me tengáis afeccion, porque no solamente vais á ser de la casa, sino á formar parte de la familia. Voy, pues, á manifestaros mis costumbres, mis manías y mis defectos. En primer lugar, mi actividad de espíritu es casi tan grande como mi pereza corporal: consiguiente á esto, he hecho que el médico me prohíba pagar las visitas, y, tanto en Paris como en el campo, he llegado á acostumbrarme á no salir nunca... No tengo ya carruaje y no quiero que mi hijo me le compre. Pero vos desempeñaréis mis encargos... ¿No os causará molestia ir en coche de alquiler?

CAROLINA.

No por cierto, ni á pié tampoco.

LA MARQUESA.

Despues, me acuesto muy tarde y soy muy habladora.

CAROLINA.

Tanto mejor para mi.

LA MARQUESA.

Sois muy amable. ¿Bordáis sin duda, sabéis hacer tapicería?

CAROLINA.

Sí, señora.

LA MARQUESA.

Eso me causa horror! hay que contar los puntos, que ensimisarse... ¿Me sacrificaréis vuestra aguja?

CAROLINA.

Con mil amores.

LA MARQUESA.

Bueno... Ah! un achaque, entre paréntesis. Os prevengo que algunas veces me dormiré hablando con vos; mas no será por fastidio, sino porque tengo el cérebro siempre en movimiento y en ocasiones se para como un relò: entónces necesito dormir hasta que vuelve á andar; pero descuidad, nunca ronco. Por último, vivo con mi hijo el marques, el cual es de un carácter melancólico; á fuer de buen hijo, cuando se halla solo conmigo, no me oculta sus tristes pensamientos, cosa que á la verdad me causa pena. Mas delante de una tercera persona, sobre todo si esa persona es de algun respeto, se toma el trabajo de aparecer amable, primero por política, y despues por olvidar sus preocupaciones. Así es, querida mia, que nos haréis á entrámbos un gran servicio dejándonos solos el ménos empo posible. (Se aleja un poco hácia la izquierda.)

CAROLINA.

Sin embargo, señora, cuando tengáis que hablar de cosas íntimas, cómo lo adivinaré?...

LA MARQUESA, sentándose á la izquierda.

Yo os lo advertiré preguntándoos si la péndola atrasa. Conque... os agrado tal como soy?

CAROLINA.

Sí, señora.

LA MARQUESA.

Entónces, venid á tomar vuestras arras. (La besa.) Ahora, ya me pertenecéis completamente.

CAROLINA.

Cuándo quiere la señora marquesa que me instale?

LA MARQUESA.

Cuándo?... En seguida.

CAROLINA.

Hoy mismo?

LA MARQUESA.

Al momento.

CAROLINA.

Entonces voy á la fonda á buscar...

LA MARQUESA.

Vuestras maletas?... De ningún modo, yo enviaré á buscarlas. (Se levanta, va hácia la chimenea y tira del cordon de la campanilla.) Ya no os separáis de mí. Vuestra habitacion se halla lista, es aquella. (Señala á la puerta de la derecha); la mía es esta (Señala á la puerta de la izquierda); entre nosotras no hay mas que este salon. Quitaos vuestra manteleta y vuestro sombrero, puesto que estáis en vuestra casa.

CAROLINA.

Ah! señora, cuánto tengo que agradecer á Dios por haberme conducido á vuestro lado!... ¿Me permitis que escriba una carta á mi hermana para participarle mi alegría?

LA MARQUESA.

Nada mas justo! (Llama.) Voy á poner á vuestras órdenes á mi viejo Benito. Id, id, hija mia. (Sale Carolina por la derecha, Benito entra por el fondo.)

ESCENA IV

BENITO, LA MARQUESA.

LA MARQUESA.

Escuchád, Benito: la señora de Saint-Geneix, que viene á vivir con nosotros, y á quien he cedido esa habitacion, necesitará vuestros servicios. Cuidád de que nada la falte y decid á Margarita que deseo se tengan con esa jóven los mayores miramientos.

BENITO.

Está bien, señora marquesa.

LA MARQUESA.

La señora baronesa de Arglade vendrá dentro de un rato; la dejaréis entrar. (Falsa salida de Benito.) Escuchád, Benito. (Se sienta á la izquierda.) ¿Me habéis buscado ya vuestro sucesor?

BENITO.

Todavía no, señora marquesa.

LA MARQUESA.

Pues bien, no nos separaremos: mi casa será vuestro cuartel de invalidos. Pero como quiero que viváis mucho tiempo, es necesario que os reposéis.

BENITO.

Lugar me queda, señora marquesa. Tengo en trato á una persona que me parece buen sujeto y espero á que se decida.

LA MARQUESA.

Bueno, amigo mio, en ese caso esperaremos. Id, Benito, id á donde os mando. (Sale Benito por la derecha. Urbano entra por el fondo.)

ESCENA V

LA MARQUESA, URBANO.

URBANO.

bien, querida mamá, ¿os habéis arreglado con la señorita de Saint-Geneix?

LA MARQUESA.

Callád, no me habléis de ella! Estóy contentísima del hallazgo; yo creo que me ha hechizado!

URBANO.

De veras?... Contádme eso.

LA MARQUESA.

No sé sí debo hacerlo... Temo que perdáis tambien la cabeza!

URBANO.

Oh! no temáis nada!... Aunque yo fuese inflamable hasta ese extremo, ya sabéis que en vuestra casa...

LA MARQUESA.

Conozco vuestros principios, hijo mio! Si lo dije fué únicamente por haceros sonreír, y no lo he conseguido! Qué tenéis, Urbano? Os aburris en mi compañía? ¿Amáis tal vez á alguien que no os ama?

URBANO.

No, puesto que no amo sino á vos, madre mia.

LA MARQUESA.

Sí, ya sé que me amáis, de ello me dais pruebas á cada momento; y yo acabo de aumentar los continuos sacrificios que por mí hacéis. He prometido á la señorita de Saint-Genex...

URBANO.

Cómo! ha regateado el precio de...?

LA MARQUESA.

Oh! no! la pobre ni siquiera ha pensado en ello! La vi dispuesta á sacrificarse por su familia, y no pude ménos de enternecerme... y casi me arrepiento de ello, porque no siempre tiene uno derecho de hacer bien.

URBANO.

Ah! madre mia! el día que llegaráis á rehusaros el placer de dar limosna, creeria que no me conceptuabais digno de vuestra afecion.

LA MARQUESA.

Sois el mejor de los hijos y el mas generoso de los hombres. Vuestro cariño es mi vida entera.

URBANO.

No digáis eso, mi buena mamá; el de mi hermano tiene derecho á la mas dulce mitad de vuestra alma.

LA MARQUESA.

Vuestro hermano...

URBANO.

Os abandona un poco, lo sé; pero cuando llegue se lo perdonaréis todo, no es verdad?...

LA MARQUESA, levantándose pasando á la derecha.

No! ya no me acuerdo de él, ya casi no le quiero.

URBANO, mirando la péndola.

Casi no? Y si entrará en este momento á sorprenderos, seria mal recibido?

LA MARQUESA, estremeciéndose de alegría.

Pero va á venir?

URBANO, sonriendo.

Ah! lo veis?

LA MARQUESA.

Pues bien, si viene es porque habéis ido á buscarle.

URBANO.

Os aseguro que se disponia...

LA MARQUESA.

No importa! ya verá lo que le espera! Pase por arruinarme; pero dejar de verme!...

BENITO, anunciando con aire risueño.

¡El señor duque de Aleria! (Vase.)

ESCENA VI

URBANO, EL DUQUE, LA MARQUESA.

LA MARQUESA.

¿Os hacéis anunciar al entrar en mi casa, hijo mio? ¿Por ventura voy llegando á ser para vos una estraña?

EL DUQUE, hesándole la mano.

Es porque me daba vergüenza presentarme, querida mamí, y porque temia que hubieseis olvidado mi nombre... segun merezco.

LA MARQUESA.

¡Hay muchas cosas que me le recuerdan!

EL DUQUE, colocando el sombrero sobre el piano.

Y á cual peores, no es verdad? — Buenos días, Urbano.

URBANO.

Felices, Cayetano.

EL DUQUE.

Habéis estado en mi casa?

URBANO, á media voz.

Sí, tenia que hablaros. (Alto.) Coméis con nosotros?

EL DUQUE.

Si mi madre lo permite...

LA MARQUESA.

Sin duda querriais que os dijera que no, es verdad? Pues os llevais chasco! Voy á vestirme, que ya es hora. No espero sino á la señora de Arglade : si viene ántes que yo vuelva, hacédle los honores. Urbano, recordádlá que come con nosotros y dadla en mi nombre las gracias por su encantadora amiga.

EL DUQUE.

¿La señora de Arglade tiene una amiga encantadora?

URBANO.

Sí, una nueva lectora que ha proporcionado á mamá.

EL DUQUE.

No está ya aquí Artemisa?... Oh! gracias á Dios! Mamá, no lo creerás; pero ¿sabes lo qué me impedía venir?... La cara de Artemisa!

LA MARQUESA.

En ese caso, vendréis en adelante mas á menudo?...

EL DUQUE.

No me hagáis decir tonterías, querida mamá : os prevengo que ya no digo sino cosas llenas de sensatez.

LA MARQUESA.

Desde cuando?

EL DUQUE.

Desde hace mucho tiempo!

LA MARQUESA.

Pues qué os ha sucedido para ese cambio, hijo mio?

EL DUQUE.

Nada, mamá, los disparates que ya sabéis!... Almuerzos á quinientos francos por cabeza, caballos de á ochocientos luisas, mugeres de yo no sé cuánto...

LA MARQUESA.

Cayetano!

EL DUQUE.

No me riñáis, querida mamá... ya soy otro! Los almuerzos estragaban el estómago y el bolsillo, los caballos se desbocaban y la boca de las mugeres era un abismo sin fondo!... Todas esas decep-

ciones me han conducido á la moralidad por el camino del hastio... Asi es que ahora... ya veréis, me siento capaz hasta de predicar un sermon...

LA MARQUESA.

A quién?

EL DUQUE.

A Urbano.

LA MARQUESA.

A Urbano! Y sobre qué?

EL DUQUE.

Sobre su idolatría por las libracos, y sobre su horror al matrimonio.

URBANO.

Deseáis que me case?

EL DUQUE.

Sí, señor! todos lo deseamos; porque, en fin, es preciso que nuestra querida mamá tenga nietos. Es preciso que uno de los dos se decida á entrar en el matrimonio, y como yo no puedo ser ese uno á causa de que no encontraría una muger bastante abandonada de la mano de Dios que aceptase mi hipoteca... á ménos que no fuese la viuda de Arglade, respetable señora cuyo solo nombre me hace daño á los nervios...

LA MARQUESA.

Otra cosa peor pudierais hallar.

EL DUQUE.

Oh! no, mamá! Semejante cáustico... y para un hombre que empieza á ser razonable!

LA MARQUESA.

Y cuánto tiempo durará el juicio?

EL DUQUE.

No durará mucho; pero volverá de nuevo, y á fuerza de idas y venidas quizá llegue un dia en que...

URBANO.

Por qué dudar del presente?

EL DUQUE.

A causa del pasado.

LA MARQUESA.

Vamos, queréis evitarme el trabajo de recordarle.

EL DUQUE.

Os aseguro que quisiera sustraerme á ese castigo.

LA MARQUESA.

Castigo al cual debéis estar bien acostumbrado!

EL DUQUE, conmovido y besándole la mano.

Oh! nunca, mamá!

LA MARQUESA se conmueve tambien y le abraza.

Dios mio, qué débil soy!

EL DUQUE.

Ah!... otro, mamá!

LA MARQUESA.

No! es mas de lo que merecéis.

EL DUQUE.

Si no le mereciera no le pediría!

LA MARQUESA.

Bien... esta noche!

EL DUQUE.

Me daréis uno siquiera... cuando me vaya?

LA MARQUESA, bajo.

No : tantos como horas permanecéis conmigo

EL DUQUE.

Entónces no me voy nunca!

LA MARQUESA.

Embustero! (Sale por la izquierda acompañada del duque)

ESCENA VII

EL DUQUE, URBANO.

EL DUQUE.

bien, hermano mi ! participad de mi alegría. Estoy perdo-

nado! eso no os admira y sin embargo, hay de qué admirarse. Vamos á ver, ibais á decirme...

URBANO.

Que mamá sufre mucho cuando la enfadáis y que gana diez años de vida cuando os perdona. Hacéd que os perdone con frecuencia!

EL DUQUE.

Oh! lo que es ahora, tenia un gravísimo impedimento para no venir; pero no podia decirselo á mi madre.

URBANO.

Y á mi, podéis decirmelo?

EL DUQUE.

Queréis saberlo?

URBANO.

Si.

EL DUQUE.

Pues bien, vergonzoso es decirlo, pero ya que os empañáis en saberlo, os confesaré que me estaban acechando unos cuantos alanos, vulgo alguaciles de comercio, en el camino que conduce de mi casa á aquí.

URBANO.

A ese extremo habéis llegado?

EL DUQUE.

Desgraciadamente!

URBANO.

Y cómo habéis podido venir hoy?

EL DUQUE.

Porque no vengo de mi casa. Mi ayuda de cámara me llevó vuestra carta... á mi domicilio provisional. (Se echa á reir.)

URBANO.

Provisional! pues dónde estabais?

EL DUQUE.

En el bosque de Fontainebleau, bajo el undécimo árbol de la izquierda, entrando por el camino de Melun... Allí es donde suelo vivir algunas veces.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

URBANO.

Vos, hermano mio?

EL DUQUE.

Y prefiero ese alojamiento á Clichy!... Hay cosas divertidísimas en esta vida nómada! Vos hacéis sendos viajes en busca de impresiones: yo las encuentro por todas partes. Por ejemplo, tengo un ayuda de cámara que es una maravilla en esto de proporcionarme sorpresas. No importa dónde me acueste, ya sea en la ciudad, ya sea en una hostería estramuros, ya al pié de un árbol, como me sucedió ayer, de fijo me le encuentro al despertarme, teniéndomelo todo listo como si estuviéramos en casa. El *necesar* abierto á mi lado, mi chocolate hirviendo sobre la lámpara de espíritu de vino.... Esta mañana, sin ir mas léjos, me afeitó y me peinó bajo el undécimo árbol consabido, mientras repasaba yo los periódicos que habia tenido la precaucion de llevarme. Por cierto que leí el discurso del señor de Clusey, un discurso magnífico... ya puede el gobierno andarse con cuidado!

URBANO.

Todo lo echáis á risa, Cayetano!

EL DUQUE.

Todo lo que es risible.

URBANO.

Y lo es eso? ¿No conocéis que si mi madre lo supiera moriría de pesadumbre? Es preciso que no vuelva á suceder.

EL DUQUE.

Decirlo es muy fácil.

URBANO.

Y hacerlo tambien. Aqui tenéis los recibos de todas vuestras deudas. Un hombre de vuestro talento no debe hallarse obligado á admirar el de su ayuda de cámara. Ya no debéis nada, y aun os quejan doce mil libras de renta. (Le entrega los recibos.)

EL DUQUE.

Urbano!

¹ Prision por deudas.

URBANO.

Y bien, qué?

EL DUQUE.

Habéis pagado mis deudas?

URBANO.

Claro es, puesto que no podiais pagarlas,

EL DUQUE.

Pero nuestra madre las habia pagado una vez!

URBANO.

Justo, y no quedándole ya nada, mal podria pagarlas de nuevo.

EL DUQUE.

Conque es decir, que tambien os he arruinado?

URBANO.

No del todo. Pero lo que queda pertenece á la marquesa, á ella sola! Tengamos la dicha de conservarla mucho tiempo, y que nada sepa de lo que sucederá despues que ella falte.

EL DUQUE.

¿Y habéis creido que yo aceptaria la mortificacion de deberos?...

URBANO.

¿Por qué dejáis hablar á vuestro orgullo mas bien que á vuestro corazón? Antes que el primero razonara, sentias palpitar al segundo.

EL DUQUE.

No importa... rehusó! No somos hijos de un mismo padre, no llevamos el mismo nombre, nada me debéis, y no quiero que hagáis ningun sacrificio por mi.

URBANO.

Tenemos la misma madre, y eso basta. Ademas, para rehusar es ya demasiado tarde. Vuestros acreedores no deben hallarse muy dispuestos á devolver lo que han recibido. Asi, pues, ya no tenéis mas que uno, y ese os dará larga espera.

EL DUQUE, pasando á la derecha.

Oh! ¡soy un miserable! ¿Por qué no?...

URBANO.

¿Por qué no cedisteis á la tentacion de barrenaros el cráneo con una bala?

EL DUQUE.

Pues bien, si! hubiera debido hacerlo.

URBANO.

Eso es! añadir un crimen irreparable á locuras que tienen reparacion! Si vos no amáis á nadie, hay todavía personas que os aman.

EL DUQUE.

Es verdad, mi pobre madre!

URBANO.

Y nadie mas?...

EL DUQUE.

Quién?

URBANO.

Vuestro ayuda de cámara... y tal vez yo.

EL DUQUE, arrojándose en sus brazos.

Ah! ; hermano mio!...

URBANO.

;Vamos, no hablemos mas de eso! No he hecho por vos sino lo que en mi lugar hubierais hecho por mí.

EL DUQUE.

Oh! no, yo no hubiera sabido, no hubiera podido hacerlo; mi destino es hacer daño! Ah! hermano mio... hermano mio! si supieras que siempre te he querido mal!...

URBANO.

Lo sé, y me lo esplico por la diferencia de nuestras organizaciones; pero quizas ha llegado el momento de quererse mejor.

EL DUQUE.

Oh! si!... Perdóname, Urbano: hoy no solo te quiero, sino que te admiro, te venero; tú eres sencillo, bueno, grande, y yo... yo soy un ingrato, un imbécil, un animal! Tú eras mi mejor amigo y no lo echaba de ver, y, bruto de mí, he dado mi tiempo, mi corazón y mi dinero... y el de mi padre, y el de mi madre, y el tuyo, á pillos y á... Pero, qué puedo hacer por tí? Amas á alguna muger? Es preciso robarla? hay que matar á su marido?... ¿Quieres que vaya á China, á Siberia, al infierno? Dímelo!

URBANO.

No, quiero que me ames, y estaremos pagados.

EL DUQUE.

Que si te amo!... con toda mi alma! Pero quisiera hallar inmediatamente un medio de probartelo.

URBANO.

Tal vez hay uno que no sospechas.

EL DUQUE.

A qué si?... Enmendarme! Pues bien, me enmendaré. Por qué no? Todavía soy jóven, qué diablo! A cuarenta años puede estar uno algo ajadillo, pero aun no ha concluido todo. Está dicho! voy á ser razonable, y con tanto mayor motivo cuanto que es absolutamente necesario. Mira, despues de todo no soy digno de lástima. Carenaré mi salud para rejuvenecerme, y dispondras de mí como quieras. El verano le pasaré en el campo contigo y con mi madre, y os contaré cuentos para haceros reir. Vamos, consuélame, ayúdame á formar proyectos, hermano mio; porque si me paro á pensar en el mal que os he hecho, en lo desgraciado que soy!... (se echa á llorar.)

URBANO, yendo hácia él.

;Valor, chiquillon! el mal tiempo ha concluido y acaso empieza á lucir una estrella mas favorable!

EL DUQUE.

Si, tú me enseñaras el secreto que posees para ser dichoso. ¿Cuál es, Urbano?

URBANO.

El valor.

EL DUQUE.

Le necesitarías tú acaso?

URBANO.

Más de lo que piensas.

EL DUQUE.

Tienes alguna pena?

URBANO.

Peor que eso: hay en mi vida una falta, casi un crimen... No soy yo quien debe acusarte.

EL DUQUE.

Y qué es ello? puedes decírmelo?

URBANO.

Si, voy á decírtelo para demostrarte que aun puedes hacer bien, siquiera no sea mas que á mí, á mí que vivo sin amigos, con el corazon demasiado lleno y demasiado aislado.

EL DUQUE.

Ah! dímelo, Urbano! Desde hace un momento, mi corazon se halla purificado y puede recibir tus dolores. ¿Qué desgracia te abruma?

URBANO.

Una muy sencilla : he amado.

EL DUQUE.

Y e lo sospechaba ; pero te amarian tambien?

URBANO.

No.

EL DUQUE.

Cómo! no?

URBANO.

Era una muger casada, la cual no me veía sino á traves de un remordimiento.

EL DUQUE.

Chico, es que así es como deben amar las mugeres casadas. De otro modo, no sabria uno qué hacer con ellas! ¿Y tú lo tomaste por lo serio?

URBANO.

Como lo tomo todo.

EL DUQUE.

Y al fin... te plantó?

URBANO.

No... murió!

EL DUQUE.

Diablo! ya eso es otra cosa. Y cuánto hace que murió?

URBANO.

Tres años.

EL DUQUE.

Veo que una sola pasion ha llenado tu vida. Pero, si la has llorado tres años, me parece un periodo muy decentito y...

URBANO.

¡Calla, hermano mio, calla! murió por causa mia!

EL DUQUE.

Bah! tú lo crees así? Desengáñate, chico; las mugeres no se mueren por nadie. Cuando se van al otro mundo es porque no pueden hacer otra cosa.

URBANO.

Oh! no te rías, Cayetano, te lo suplico : mi dolor no tiene remedio y para mi falta no hay disculpa. Mira, yo empleé mi voluntad, mi inteligencia, todas las fuerzas de mi alma, no en combatir mi pasion, sino en inspirarla á una pobre muger á quien esa pasion debia ser funesta. Ya te lo contaré todo... hoy no puedo... Ese recuerdo me ahoga, Cayetano... y me siento morir!

EL DUQUE.

Pero la amas siempre?

URBANO.

No, no debo echar de ménos una vida de lucha y de martirio; pero ya no puedo amar, y ese es mi castigo.

EL DUQUE.

Bah! y por un solo trapicheo? Mira, hay alguno que ame con mas frecuencia que yo? Pues bien, te aseguro que ántes de tres meses...

URBANO.

Oh! tú tienes una de esas naturalezas vivaces que florecen á cada nueva estacion! Pero no quiero entristecerte... Acuérdate únicamente que acaso tendré de un momento á otro que reclamar de ti un gran servicio.

EL DUQUE.

Sí? pues pídemelo en seguida.

URBANO.

No, dejémoslo por ahora. Voy á recojer tus pagares para que hagas de ellos lo que quieras.

EL DUQUE.

Entonces voy á ponerlos en un cuadro.

URBANO.

Como te parezca.

EL DUQUE.

Y algun dia se los enseñaré á tus hijos diciéndoles ; « Chicos, veis esos papelotes? no firméis jamas semejantes disparates. »

URBANO.

Conque, adios, Cayetano. De hoy mas, acabó la mala inteligencia entre nosotros! (Sale por el fondo. Benito entra.)

ESCENA VIII

BENITO, EL DUQUE, despues PEDRO.

EL DUQUE, sentándose á la derecha.

Hombre, llegas como la paloma del arca! Precisamente estóy todavía con el chocolate.

BENITO.

Yo no olvido las costumbres del señor duque. (Acerca el velador, sobre el cual deposita una bandeja con vino y bizcochos.)

EL DUQUE.

Eres un ángel, Benito.

BENITO.

Favor que me dispensa el señor duque. Ahí está el ayuda de cámara del señor duque, y solicita sus órdenes.

EL DUQUE, bebiendo y comiendo.

Dile que entre. (Benito hace seña á Pedro y sale por el fondo. — A Pedro.) ¿Habéis pasado por casa?

PEDRO.

Sí, señor duque.

EL DUQUE.

Hay cartas?

PEDRO.

No hay mas que algunas targetas.

EL DUQUE.

Dadme! (A parte, leyéndolas.) Las targetas de los abastecedores que hace poco querian prenderme! Y solicitan mi clientela!... Oh! civilizacion, á dónde irás á parar! (A Pedro.) Está bien, podéis marcharos.

PEDRO.

¿No tiene el señor duque nada que mandarme?

EL DUQUE.

No.

PEDRO.

¿A dónde debere ir á esperar al señor duque?

EL DUQUE.

A mi casa.

PEDRO.

¿Y á qué hora será menester despertarle?

EL DUQUE.

A ninguna... Me dejarás dormir.

PEDRO.

¿Sabe el señor duque que mañana no es domingo?

EL DUQUE.

Sí, amigo mio, sí. Ya he concluido mis estudios de paisaje, quiero descansar y os aconsejo que hagáis otro tanto. Id, Pedro, id, que bien lo habéis ganado. (Pedro se dirige hácia el fondo y se detiene sorprendido viendo entrar á Carolina; — despues sale.)

ESCENA IX

CAROLINA, EL DUQUE, sentado.

CAROLINA, entrando por la derecha y al ver al duque hace ademán de retirarse.

Dispensád, caballero, creí que la señora marquesa estaba en el salon.

EL DUQUE, levantándose.

¿Va á venir dentro de un instante. (Carolina saluda y da un paso hácia la puerta.) Os causo miedo, señorita?